

“el 6 de agosto de 2020 murió mi colega Agustín; el mismo día mi padre dio positivo al covid. El aislamiento, la soledad y el miedo hicieron que el tiempo dejara de ser lo que hasta entonces había sido. Este relato está dedicado a Agustín (Agosto), a todos lo que nos dejaron, y a aquellos que tuvimos el valor de enfrentar nuestros miedos”

Título: Agosto

Los historiadores nunca cuestionaron que aquel fue el año más extraño jamás vivido y recordado. Comenzó en marzo, y no porque fuera así declarado, sino porque nadie consiguió recordar nada de lo sucedido en enero o febrero. Cientos de miles de niños nacidos esos meses fueron olvidados, se perdieron sin dejar rastro, así como nadie notó la ausencia de los que se fueron. Pero, además, ese año terminó el 21 de diciembre con una conjunción histórica entre Júpiter y Saturno, aunque los astrólogos nunca concluyeron si los planetas se besaron o colisionaron.

Sin embargo, lo más extraño que pasó ese año es que agosto no parecía terminar. Ese mes, que además comenzó el día 6, recomenzaba invariablemente el día después del 30, y esto se repitió un número inmedible de veces sin que ningún científico o mago consiguiera calcular cuántos días duró.

Los días de sol y las noches de verano se instalaron alargando las tardes sin lluvia. Los primeros en celebrar esa atemporalidad fueron los niños en vacaciones, y lo hicieron también los viejos reumáticos sabiéndose liberados de la humedad. Científicos, estudiosos y filósofos discutían en debates estériles, mientras astrólogos y predicadores aprovechaban la confusión para reclutar adeptos, creyentes y fervientes pagadores que comprarían un trozo de cielo antes de la llegada del apocalipsis, esta vez el definitivo. Los no tan jóvenes notaron que no envejecían: rostros sin arrugas, cuerpos firmes y vitalidad renovada cada 6 de agosto. Eufóricos estaban tiranos, dictadores y en realidad toda clase de gobernantes, pues veían eternizado su poder sin queja o reclamo alguno.

La luz perpetua se instaló en el círculo polar Ártico. Como siempre era de día, desaparecieron los horarios y las rutinas; sus habitantes se deshicieron de todos los relojes, y también de normas y ataduras: cada

quien hacia lo que quería cuando quería. Adoraban el sol, a la medianoche, en rituales paganos recuperados con el propósito de garantizar que ese mes, y por tanto esa libertad, no acabara nunca.

Sin duda los que más disfrutaron el eterno mes fueron los amantes recientes, los apenas encontrados, encandilados ellos en pasiones recién estrenadas que nunca parecían desfallecer; encerrados en burbujas de risas, historias de infancias, café batido y chimenea; sesiones de besos infinitas y sexo improvisado. Por fin se hizo cierto eso de detener el tiempo, y creían ellos que se puede vivir de amor eternamente, sin que nada más importe.

Como no es oro todo lo que reluce, empezaron a notarse los inconvenientes de este tiempo eternamente cíclico.

Los primeros en preocuparse fueron los campesinos, cuyas cosechas no crecían; los frutos no maduraban. Las primeras en quejarse fueron las mujeres en avanzada gestación, pues cargaban sus pesadas barrigas y piernas hinchadas sin vislumbrar el final de la tortura. Se inquietaron también ecologistas y chamanes; rogaban ellos por lluvias esquivas y con asombro descubrían que ya ningún ritual funcionaba. Sufrían los atormentados por el desamor, la ausencia o la culpa que no conseguían olvidar; para estos, el tiempo no curaba las heridas.

Como cabía esperar, el mundo se polarizó, se politizó y radicalizó: por un lado, estaban los que querían permanecer en ese limbo eternamente, argumentando con discursos filosóficos y morales y clamando a una autoridad etérea la defensa de sus derechos. Por otro lado, los que buscaban la forma de terminar esa insensatez, esa incoherencia de la naturaleza, diabólica incluso. Los unos egoístas, los otros rígidos, todos poseedores de la razón inundaron las calles de gritos y las redes sociales de mentiras. Todos participaban, excepto los niños en vacaciones y los amantes que comenzaban a amarse; estos y aquellos se crearon un mundo impermeable al caos y al miedo.

Pero como no hay mal, ni bien, que cien años dure, una mañana amaneció siendo 1 de septiembre, y ya ningún día volvió a repetirse. Entonces ocurrió todo aquello que tendría que haber ocurrido.

Llovió torrencialmente: cayó de golpe la lluvia retenida en un cielo enfurecido. Se desbordaron los ríos y arrasaron todo lo que el ser humano había construido mal, aquello que era inservible a los ojos de la naturaleza. Nacieron en un día todos los niños que esperaron pacientemente su llegada al mundo y llenaron las noches de llantos. Nacieron también miles de ballenatos que nadaron desorientados y asustados, cambiando el rumbo de las corrientes marinas, helando el verano y desapareciendo el invierno. Cayeron gobernantes a manos de muchedumbres enfurecidas que desvalijaron las riquezas que habían acumulado durante el largo mes.

Pero sin duda lo más triste fue el despertar de los amantes, que hasta el día anterior dormían con las piernas entrelazadas. Algunos despertaron en lugares distintos, incluso en países lejanos, sin entender cómo habían llegado hasta allí ni recordar el camino de regreso, afligidos por el dolor de la separación abrupta y la incertidumbre del reencuentro, que podría no llegar jamás.

Otros amanecieron apurados y salieron de casa sin terminar el café, disimulando la decepción con el presente y la nostalgia por el pasado.

En algunas parejas se dio que uno de los dos envejeció mucho más que el otro, y el espanto ante el espejo fue tal que huyeron sin dejarse ver nunca más.

Los más tristes fueron aquellos que despertaron en los extremos de la cama, sin tocarse, sin reconocer los olores, soportando el peso de dolores de otras vidas y separados por un precipicio de rencores, cubiertos por el polvo de la monotonía. La soledad impuesta y repentina fue cruel, y hasta despiadada. Los espacios se llenaron de silencios, se agotaron las palabras para expresar tanta tristeza, y fue imposible llevar la cuenta de todas las horas vacías, mudas.

Los papeles se invirtieron, aunque el mundo siguió polarizado. Los que antes quisieron el cambio deseaban ahora regresar a la predictibilidad del eterno mes, y los que quisieron detener el tiempo ahora rogaban que pasara más deprisa, que llegara pronto un futuro con otra realidad menos caótica.

Pasó el tiempo, a pesar de unos y otros, como había pasado siempre: día tras día, sin retorno, inmune a deseos y caprichos; y unos y otros volvieron a crecer con prisa, a envejecer a regañadientes, a preocuparse por el futuro. Aunque poco sorprendían ya los fenómenos novedosos y eventos insólitos, todos se volvieron crédulos de lo enigmático. Así fue como nadie se sorprendió cuando, al siguiente 31 de Julio, le siguió el 1 de septiembre; y esto pasó por los años venideros. Tal como no se quería ir, de repente y sin explicación, agosto nunca jamás regresó.